

más importante de todas las ciencias. Teóricamente, el materialismo histórico niega esta máxima importancia al subordinar la política a la economía —ciencia de las cosas materiales— por causa del carácter esencialmente espiritual de la primera, y de hecho hacen lo mismo el capitalismo y demás formas materialistas de la sociedad y el Estado al supeditarla a la economía —dinero, industria, tecnología, mercado, dividendo—, mas en la práctica todos ellos reconocen la supremacía de la política en virtud de su carácter de ciencia, arte y técnica del gobierno de las naciones y del conjunto de éstas, o sea, del gobierno del mundo.

La política es una de las ciencias que concurren a la fijación del “para qué”. No es la única; también lo hacen la educación, el derecho, la economía misma, etc. Fácilmente se advierte que a ella le está reservada la última palabra, la palabra decisoria, la que en definitiva determinará la suerte del hombre particular y conjunto (pueblos y humanidad); en síntesis, su salvación o su destrucción.

No entraremos aquí al examen particular de su consumo por corresponder a otro de los institutos homocráticos capitales —el específicamente político—; solamente estamos destacando su condición de ciencia rectora, su importancia cardinal, su influencia decisiva sobre la vida humana, sobre la subsistencia de la especie y sobre el perfeccionamiento del ser humano.

La máquina, luego la automatización y últimamente la cibernética abrieron al hombre un horizonte de libertad que progresivamente deberá ensancharse, constituyendo uno de los beneficios más amplios y fecundos que las ciencias y las técnicas de la materia proporcionarán al hombre, con la condición de que sea rectamente aprovechado en bien de la armonía corpóreo-espiritual y el cultivo equilibrado de ambos términos. Carecería de sentido preservar y prolongar la vida humana a fin de que fuera vivida como la del animal o el vegetal o de otra manera, destruida. Condenar al hombre a vivir la vida del animal o el vegetal es destruir la vida humana. En unión con las demás ciencias y técnicas, y las otras formas del arte, y a la luz del “porqué” suministrado por la religión, y la filosofía, vigorizada por su propia luz, la política deberá señalar el “para qué” salvador del hombre y realizador de la persona humana, negado por los dirigentes del materialismo ateo.

CIENCIA Y TÉCNICA EN AMÉRICA

Tócanos ahora considerar la otra faz señalada al iniciar este capítulo final: la respuesta americana a la cuestión del “para qué” de la ciencia y la técnica.

La inmensidad del tema imposibilita su análisis exhaustivo. Abarca tan numerosos, vastos y complejos campos y aspectos, que su examen equivaldría a hacer una historia prácticamente total de la vida americana desde su nacimiento —no ha de olvidarse que para nosotros América nace con el descubrimiento y la conquista por el europeo— y aún antes, un estudio completo de su realidad actual y una programación o al menos una prospección más o menos cabal de su futuro, puesto que no hay faceta alguna de su pasado, su presente y su porvenir, tal como éste puede ser hoy imaginado, que no muestre estrechas e importantes conexiones con la ciencia y la técnica.

Esto es así por el carácter integral de la vida humana, en nuestro caso la vida del hombre americano. Esa integralidad comprende la del hombre conjunto: los pueblos y naciones del continente y éste mismo como unidad humana dentro del contexto universal. A su vez, este contexto incluye los dos universos que componen la realidad terrestre o, si se prefiere así, los dos lados o caras de un solo y único universo. Dualismo y monismo son dos puntos de vista que no han de oponerse sino complementarse para obtener una visión integral del universo.

Tal integralidad es la de la realidad misma, a la que no hace sino reconocer la concepción del hombre, que hemos adoptado, y alumbra la totalidad de la teoría homocrática, de la que el instituto científico-técnico que desenvuelve este trabajo, según lo tenemos advertido, es una de sus partes, y también es reconocida por la concepción de la cultura como universo específico del hombre que igualmente hemos hecho nuestro, universo en el que sus diversas esferas, según asimismo lo tenemos expuesto, se encuentran íntimamente enlazadas entre sí, concurriendo todas ellas a componer y ofrecer una sola y única respuesta a la pregunta del “para qué” de la existencia humana. No para aquí la cuestión: tanto la vida real del hombre como la cultura creada por él se insertan en el medio físico en que una y otra nacen y se desarrollan, de donde ha de concluirse que tampoco hay aspecto alguno de la naturaleza material que escape al interés de la ciencia y de la técnica. Esta observación se suma a las anteriores para comprobar la imposibilidad, máxime dentro del reducido espacio que podemos conceder aquí al asunto, de llevar a cabo un reconocimiento íntegro del mismo.

120/52

